

El libro en su contexto

Jaime Labastida

En su participación en el VI Congreso Internacional de la Lengua Española, que tuvo lugar en Panamá, en octubre pasado, el poeta y filósofo Jaime Labastida presentó una reflexión histórica y filológica sobre la constitución física del libro, y la forma como ésta ha ido ampliando la capacidad del hombre de transmitir sus conocimientos, de cara a la revolución digital de nuestra época.

¿Qué es un libro? La respuesta, obvia, parece resplandecer por sí sola. Un libro es, no cabe duda, *esto, lo que tengo aquí en las manos*. Sin embargo, tampoco cabe duda de que tal respuesta se levanta apenas sobre el primer sistema de señales, el que nos señala con el *índice* el objeto por el que se pregunta: *esto*. Hay que, por lo tanto, elevarnos hasta el nivel del concepto. Por eso, pues, si indagamos por el origen de la voz española *libro*, advertiremos que en Roma se entendía por la palabra *liber* la *entretela*, la *película* que se halla entre la corteza y el tronco del árbol (con la que se hacía lo que ahora llamamos papel).¹ Por otro lado, si rastreamos la palabra helena βύβλος encontraremos algo semejante: con esa voz se designaba el *papiro*, tanto la planta que lleva ese nombre como el material sobre el que se escribe o dibuja.²

Lo primero que cabe señalar es, por lo tanto, que las dos palabras (*liber* en latín y βύβλος en griego) no se corresponden con lo que hoy llamamos un libro. Aluden,

más bien, a lo que soporta la escritura: el papel, el papiro, aquella delgada lámina del árbol sobre la cual se escribe. Las dos voces se refieren al material *sobre* el que se escribe, no al texto ni al instrumento de la escritura. Esas voces no hablan ni del martillo y el cincel con los que se graba la lápida ni tampoco aluden a la tinta con la que se dibujaba en el papel (los colores rojo y negro que, lo mismo en Egipto que en Mesoamérica, nombraban el *libro*). Las dos voces no indican la forma que asume la escritura ni hacen alusión a ningún otro carácter del *libro*: si se dobla, se hace rollo o está abierto ante los ojos: mientan el soporte de la escritura, insisto.

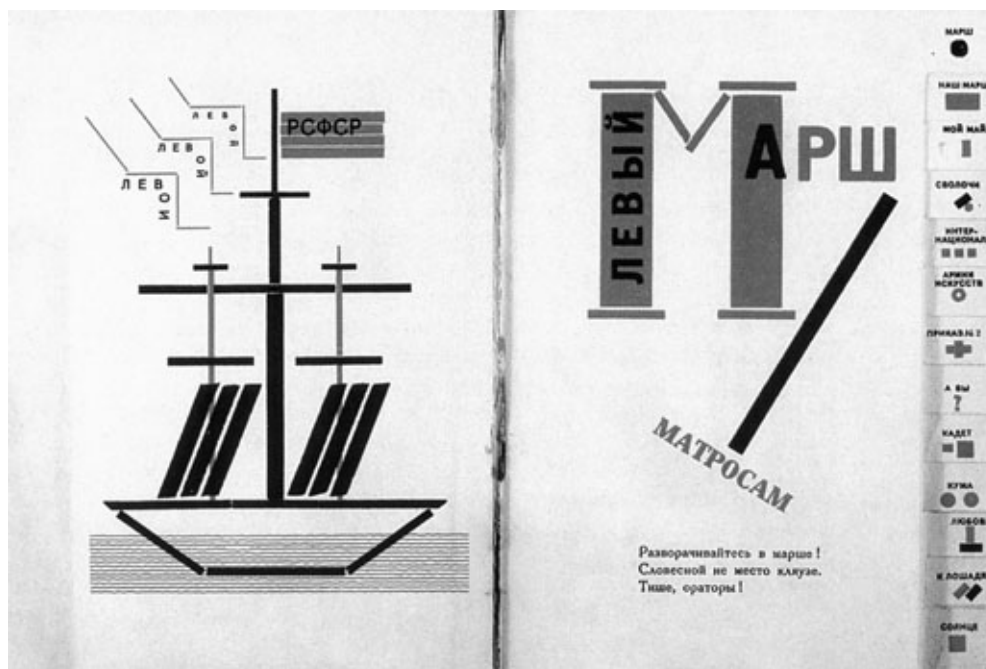
Aristóteles establece una comparación: la mente es como una tableta de cera, limpia y rasa, donde se imprime la *forma* del objeto que los sentidos captan.³ El objeto actúa como si fuera un γράφω. Por otro lado, el Conde de Buffon dice que *el estilo es el hombre mismo*.⁴ ¿Qué quieren decir los dos pensadores? ¿Qué significa *estilo*? Hoy, esta voz indica *modo*, *clase*, *distinción*. Decimos de la manera como se viste alguna mujer, por ejem-

¹ A. Ernout y A. Meillet, *Dictionnaire étymologique de la langue latine. Histoire des mots*, Éditions Klincksieck, París, 1979, bajo la entrada *liber*, -is. Ver también Joan Corominas y José Antonio Pascual, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Gredos, Madrid, 1991, bajo la entrada *libro*.

² Pierre Chantraine, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque. Histoire des mots*, Éditions Klincksieck, París, 1990, bajo la entrada βύβλος.

³ Aristóteles, Περὶ ψυχῆς, 424 a, en *Aristotelis Opera*, Emmanuel Bekker (editor), al cuidado de Olof Gigon, W. De Gruyter, 1960.

⁴ Georges-Louis Leclerc, Conde de Buffon, "Discours prononcé à l'Académie Française" en *Oeuvres philosophiques de Buffon, Corpus Général des Philosophes Français*, Jean Piveteau (editor), Presses Universitaires de France, París, 1954, p. 503.



El Lissitsky y Maïakovski, doble página de *Dlia Golossa*, 1923

plo, que lo hace *con estilo*. Pero, en el origen, *stylo* sólo indicaba el punzón con el que se incidía en la tableta de cera: era un instrumento de escritura. ¿Se podría invertir la tesis de Buffon? ¿Se podría situar al sujeto como si fuera el predicado y colocar al predicado en el lugar del sujeto? ¿Se podría decir que el hombre mismo es el *estilo*? Si γράφω y *stylo* son el buril con el que se incide en la tableta de cera, ¿el hombre sería la herramienta con la que escribe? Si hoy escribimos con luz en la pantalla de un instrumento electrónico, ¿querrá decir que estamos hechos de luz? ¿Hay un nuevo soporte y el hombre se ha transformado? Del cincel y de la piedra se ha pasado al ciberespacio. Escritura y voz van por el aire, como iban las *aladas palabras* de las que nos habla Homero.

Por consecuencia, podríamos preguntarnos si sólo el papel, el papiro o el pergamino son o han sido los soportes de la escritura porque, de no ser así, acaso sea posible llamar *libro* a todo material que sirva de soporte a la letra (incluiría el instrumento electrónico). ¿Sería posible? Es evidente que, a lo largo del tiempo, la escritura ha sido soportada por materiales diversos: piedra, tela, madera, arcilla, la piel de los animales y hasta sus huesos: el soporte inicial del *Corán* fue hecho con los omóplatos de camellos: las *suras* eran dichas o recitadas, se conservaban sólo en la memoria y corrían el riesgo de perderse.⁵ Sin embargo de lo anterior, apenas dos soportes materiales, el papiro y una lámina que se halla entre la corteza del árbol y su tronco, han merecido has-

ta hoy el privilegio de nombrar, y acaso para siempre, este delicado instrumento que recoge la escritura de los hombres, el *libro*.

Los sumerios dejaron el testimonio de su cosmogonía en tabletas de arcilla cocidas por el fuego (o en la piedra).⁶ Los mesoamericanos dejaron impresos sus mitos en papel de *amate*, en la piel del ciervo o en las estelas de las pirámides. ¿Es casual, pues, que el gran lingüista Jean-François Champollion nos hiciera saber que los egipcios usaron dos modos de soporte material para su escritura? Por un lado, los *libros* en sentido estricto (en ellos se inscribían *jeroglíficos lineares*); por otro, los monumentos públicos (que recibían *jeroglíficos puros*):⁷ paredes, columnas de templos y obeliscos, eran, según lo afirma Champollion, libros en sentido lato: fue decisivo el hecho de que la piedra de Roseta tuviera grabado el mismo texto en tres lenguas distintas para que, al compararlas, Champollion descifrara la escritura del antiguo Egipto.⁸ A partir de ese momento, dijo, con no disimulado orgullo, *ha sido necesario abandonar las hipótesis para limitarse a la investigación de los hechos*.

¿Todo es, entonces, *libro*? ¿Todo, *escritura*? Es cierto: algunos lingüistas nos han hecho *leer* en los más diversos contextos. Según ellos, no sólo se *lee* un *texto*, el tejido de palabras articuladas por la escritura; también quieren hacernos creer que un médico *lee* el rastro de una enfermedad en los tejidos de su paciente; que un

⁵ *Le Coran*, edición bilingüe (árabe y francés). La traducción del texto árabe es de M. Kasimirski; la presentación es de Ali Merad, Éditions Lidis, París, 1978. Merad afirma que el *Corán* es, según la concepción islámica, un *libro revelado por Dios a Mahoma*; por esto, para el musulmán es el *libro por excelencia* (Al-Kitáb), como la *Biblia* para hebreos y cristianos. *Qor'ân* significa *recitación, lo que se dice*. Según Merad, el *Corán* es, por definición, intraducible (a cualquier lengua, p. 11 ss.).

⁶ S. N. Kramer, *Sumerian Mythology. A Story of Spiritual and Literary Achievement in the Third Millenium B. C.*, The American Philological Society, Philadelphia, 1944.

⁷ Jean-François Champollion, *Grammaire égyptienne*, prólogo de Christian Jacq, Solin, Actes Sud, Arles, 1997, "Introduction. Discours d'ouverture du cours d'Archéologie au Collège Royal de France" (1831), p. xiii.

⁸ J. F. Champollion, *ibidem*, pp. xiii y xiv.



Sello, época babilónica, Museo de Louvre, París

arqueólogo *lee*, en los varios estratos de un viejo monumento, las sucesivas etapas de su construcción; que un deportista *lee* el trazo que debe seguir la pelota en el campo de juego. ¿Es así? ¿Se trata de lecturas en sentido estricto? ¿Quién escribe y con qué signos lo hace? ¿Hay escritura en la naturaleza? ¿Toda ella es un verdadero libro? O, por el contrario, ¿se trata sólo de analogías, de meras comparaciones, de metáforas? El dios genesiaco *habla*: su voz *nombra* cada cosa, pone una etiqueta al objeto que su palabra designa y crea; también *califica*: la luz, por ejemplo, es *buena*. Entonces, si el mundo entero es producto del habla; si todo objeto lleva escrito su nombre, ¿todo se podrá *leer*? ¿Qué se lee? ¿De qué manera se lee? ¿En voz alta o en voz baja? ¿Se *alaba* y se *canta* la gloria de Dios y su creación? ¿En qué lengua está *escrito* el universo? ¿Cuáles son sus signos o caracteres? Ciertos investigadores han indagado por la lengua primitiva del Génesis y se han preguntado en qué lengua hablaban Dios, Eva y Adán en el paraíso.⁹ En este tema, metafísica aparte, se trata de saber si el *universo mismo es un libro* y, si lo es, en qué lengua está escrito.

Galileo ha corregido a la tradición entera. Según él, la lengua del universo es la *lingua mathematica*. Así, dice: *la filosofía está escrita en este grandísimo libro que continuamente está abierto ante nuestros ojos (digo, el universo); pero no se puede entender si antes no se comprenden la lengua y los caracteres en los que está escrito*. Esos caracteres, añade, son *triángulos, círculos y otras figuras geométricas, sin cuyos medios es imposible entender humanamente una palabra y sin los cuales nos agitamos vanamente en un*

oscuro laberinto.¹⁰ En Galileo se produce un cambio sintomático: se pasa del habla a la escritura y de los caracteres cualitativos a los cuantitativos. Es necesario aprender un nuevo lenguaje, un lenguaje artificial, para entender de manera cabal cómo está escrito el libro del universo. De lo contrario, nos moveremos en un oscuro laberinto. La matemática y la geometría hacen la luz. El universo es un *libro escrito en lenguaje matemático*. Dios es geómetra.

Con la invención de la imprenta de tipos móviles se da otro paso, inmenso sin duda alguna. Advierto: los monumentos públicos de los egipcios; las estelas de las pirámides mayas o nahuas; el *Código de Hammurabi*; los mismos libros que leía Platón o los que se hallaban en la biblioteca de Alejandría, con total independencia de su soporte material, poseían un rasgo en común: estaban inmóviles, había que ir al sitio en el que se hallaban para poder leerlos. Lo que llamamos *libro* de la época clásica era un objeto único, nada importaba si estaba dibujado sobre papiro o sobre la piel de un carnero. Se conservaba, enrollado, en una cámara casi sagrada; era, en rigor, un *manuscrito*, lo que hoy llamamos un *códice*.

¿Qué hazaña intelectual realizó Gutenberg? Logró que la palabra escrita se hiciera un bien común y democratizó la razón. No sólo fueron *móviles* los tipos de la imprenta; los libros mismos fueron dotados de movimiento. No hubo necesidad de acudir a las bibliotecas de los monasterios ni a la ciudad que tenía en su poder un manuscrito de Aristóteles, Sófocles o Virgilio. Desde ese momento luminoso, el libro caminó hacia los

⁹ Maurice Olender, *Les langues du Paradis. Aryens et Sémites: un couple providentiel*, prólogo de Jean-Pierre Vernant, Gallimard/Du Seuil, París, 1989.

¹⁰ Galileo Galilei, *Il sagggiatore, nel quale con bilanci esquisita e giusta si ponderano le cose contenute nella Libbra Astronomica e Filosofica de Lottario Sarsi Singesano*, facsímil de la Edición Nacional por Barbéra Editore, Florencia, tomo VI, 1933, p. 232.

hombres, en vez de que los hombres fueran hacia los sitios donde el libro, la piedra de Roseta o la pirámide se hallaban. Además, la imprenta superó con rapidez los errores de los pendolistas, uniformó las letras, estableció reglas tipográficas y ortográficas. Pero, sobre todo, elevó de manera exponencial el tiempo en el que se reproducía la palabra escrita. No fue poca cosa. Una revolución intelectual de esas dimensiones se ve rara vez en la historia humana.

¿Qué sucede, hoy, con la revolución cibernética? No sólo se reduce el tiempo de reproducción de la palabra escrita; crece la velocidad con la que se recibe un texto que va a miles de kilómetros de distancia y de un continente al otro. En unos cuantos segundos, el texto sube, a través del ciberespacio, hasta el satélite que lo retransmite en apenas otros segundos a un instrumento electrónico que lo recibe. Si la imprenta democratizó, como dije, la razón; si permitió que los libros entraran en la casa de todos los hombres, la actual revolución cibernética ha logrado que la velocidad con la que se difunde la palabra escrita se haya multiplicado *mil veces mil mil veces, mil*. Los resultados logrados hasta ahora superan añejos problemas. Han creado otros, sin duda alguna. Eso sucede siempre que se produce una revolución de magnitud mayúscula: la solución de un problema crea otros, inéditos.

Por esta causa, hay que descartar una falsa idea de la evolución. La teoría de Darwin no supone que la aparición de una nueva especie, *más apta* que la anterior, haga desaparecer a ésta por completo. Por el contrario, la nueva especie asimila en su estructura interna muchos de los rasgos de la especie de la que proviene. Lo diré de otra manera: es de suyo evidente que la invención de la escritura fue una revolución frente a la mera oralidad. Sin embargo, la escritura no ha desechado la comunicación oral, de la que nos valemos todos los días y en las más diferentes circunstancias. También es obvio que la invención de un lenguaje artificial como el de las matemáticas significó una transformación profunda en la comprensión de los fenómenos del universo. Pese a ello, conservamos el lenguaje natural, que es, en sus rasgos fundamentales, de carácter cualitativo. En otro terreno, el económico, Karl Marx mostró que el capitalismo se desarrolla, en un proceso constante, desde la cooperación simple hasta la manufactura heterogénea; de ésta a la manufactura homogénea y de ella a la gran industria. A pesar de esos avances, ninguna nueva formación económica pudo abandonar las fases anteriores, de las que proviene. La actual globalización industrial ha llevado a una escala planetaria la manufactura heterogénea: en algún país asiático, pongo por caso, se fabrica una de las partes del automóvil o del instrumento electrónico; en otro país de América se produce una pieza más del aparato y, finalmente, todas las piezas se reúnen en un gran taller en la frontera entre México y

Estados Unidos. Este nuevo orden económico global no es otra cosa que la propia manufactura heterogénea en un nivel mucho más alto.

Los seres humanos, en tanto que especie animal, ¿qué somos? Desde luego, el resultado de todo el proceso evolutivo anterior: *todo ser vivo es también un fósil y lleva, hasta en la estructura microscópica de sus proteínas, los rasgos e incluso los estigmas de sus ascendientes*. He transcrito un texto ejemplar de Jacques Monod, el Premio Nobel de Medicina de 1965,¹¹ que confirma lo ya dicho. Todos los hombres conservamos los *estigmas* de las generaciones que nos han precedido. Estamos hechos de gases: no podemos dejar de respirar, es decir, de recibir oxígeno, ese gas que nos oxida, más de cinco minutos; tampoco nos es posible dejar de beber agua, líquido en el que se funden dos gases; nos es imposible dejar de comer, de asimilar minerales y proteínas que vienen de la Tierra; nuestro código genético nos acerca a insectos, reptiles, mamíferos. Recibimos una herencia, pero en todos nosotros se ha convertido en algo completamente nuevo.

Las revoluciones tecnológicas ahorran tiempo y trabajo. Son irreversibles. La actual revolución cibernética que afecta la producción del libro, ¿acabará con el soporte del libro en papel? No me lo parece. Creo que ciertos libros (enciclopedias; revistas de orden científico) dejarán de imprimirse sobre papel, como ya sucede. En tanto, el libro en soporte electrónico le otorgará una nueva función al libro en el soporte de papel y lo asimilará, tal vez, en su seno.

Deseo recordar que el cinematógrafo no destruyó las artes escénicas, sino que las hizo más puras. La televisión no arruinó ni al cinematógrafo ni a la radio: les dio una dimensión nueva. ¿Por qué la reproducción electrónica de la palabra escrita tendría que acabar con el libro que el papel soporta? El libro en papel es un artefacto sencillo, eficaz, barato, que no necesita ser sustituido cada cierto tiempo, como lo exige la incompatibilidad progresiva de los instrumentos electrónicos. El libro electrónico le proporcionará una nueva función al libro en papel.

No todo es libro, desde luego. Afirmarlo así es valerse de una metáfora. El libro es un bello, un eficaz artefacto, artesanal e industrial, que posee ya una larga vida (poco más de dos mil años). En su forma actual, en soporte de papel, impreso en prensa plana o en rotativa, conoce una historia de apenas seis siglos. La actual revolución cibernética ha elevado la velocidad de la reproducción de la palabra escrita y ha puesto en manos de los usuarios textos antes inaccesibles. El libro en soporte de papel y el libro electrónico son dos maneras que pueden coexistir por largo tiempo. Que así sea. **U**

¹¹ Jacques Monod, *Le hasard et la nécessité. Essai sur la philosophie naturelle de la biologie moderne*, Du Seuil, París, 1970, p. 177.